

Mis padres y mis madres

Nuestros peores verdugos, inquisidores y torturadores somos nosotros mismos. ¡Cómo nos persiguen nuestros propios fantasmas! ¡Cómo nos recuerdan día y noche nuestra realidad, nuestra historia y esos cientos de sentimientos que quisiéramos tener archivados! Pero ahí están. Siempre aparecen y se gozan de recordarnos cosas que nos molestan, nos duelen, nos cuestionan.

Los domingos, entre las nueve y diez de la mañana, nos juntábamos todos los hermanos a tomar desayuno en la pieza de mis padres. Íbamos a la cocina donde estaba todo diligentemente dispuesto: era cosa de echarle agua a la taza, tomar la bandeja y listo. Un momento encantador que duraba hasta las once de la mañana.

Hubo situaciones que empezaron a cuestionarme y llegó el punto en que se convirtieron en una obsesión. Hasta que un día la hice explícita. Esperé pacientemente cumplir los dieciocho años.

A medida que crecía me empecé a cuestionar mis características físicas respecto de las de mis hermanos. Somos tres: yo, el mayor, y dos hermanos mellizos, Juan Patricio y José Federico. Todos tan distintos entre nosotros, y todos tan distintos a mis padres. No sólo éramos distintos físicamente, sino que también de carácter. Mi padre era un hombre ambicioso, muy trabajador, que no podía estar sin gente a su alrededor. Mi madre lo acompañaba en esas andanzas que siempre se orientaban a un mejor puesto de trabajo, a una mayor posibilidad de arrimarse a alguien influyente. En mi casa todo lo que se hacía, todo lo que se pensaba, todo lo que se compraba era para algo, todo tenía su razón de ser en la interminable carrera de escalar. Lema familiar: “camarón que se duerme se lo lleva a corriente”.

Nosotros tres éramos muy diferentes. Mis padres eran más bien morenos, de estatura mediana. Yo era rubio de ojos azules y a los quince años ya medía un metro ochenta. Mis hermanos mellizos también, aunque uno de ellos marcadamente más corpulento y con el pelo crespo. Mis padres pasaban desapercibidos donde fueran si no fuese por ese gusto de andar siempre elegantemente vestidos y con una sonrisa como diciendo, somos felices, más felices que ustedes. Nosotros tres éramos más bien melancólicos. Casi como un presagio de lo que íbamos a saber respecto de nosotros.

Cuando preguntábamos acerca de nosotros siempre nos remitían al tiempo en que mi padre realizaba un doctorado en economía en la *London Business Academy*. Según él, los mejores años de su vida, donde no sólo pudo obtener ese título que le reportó tantos dividendos, sino que además supo lo que era convivir con gente tan diferente y en un ambiente donde ser chino, árabe, latino o indio daba igual. Lo importante era ser el mejor alumno, tener la teoría económica más sofisticada para explicar el hambre en el mundo y, sobre todo, jactarse de las entrevistas que las grandes compañías concertaban con los mejores alumnos de cada promoción.

Nunca nadie les preguntó por su condición social en Chile, cosa que les acomodaba mucho ya que siempre se sintieron mirados en menos en su propio país debido a su origen campesino.

Nosotros tres nacimos en Londres durante los cuatro años en el extranjero que duraron los estudios de mi padre. En su dormitorio habían dos fotos de mi madre, en ambas con una cara de felicidad auténtica y envidiable. En la primera aparece con un bebé en brazos, que presumo ser yo, y en la otra con dos recién nacidos, que presumo son mis hermanos.

Estas fotos, diligentemente enmarcadas, eran las anfitrionas de la habitación. Casi como un seguro frente a cualquier pregunta por esta situación que me atormentaba. ¿Por qué mis padres, siendo morenos, tuvieron tres hijos rubios?

Al cumplir los dieciocho años de edad me decidí a preguntarle a mis padres respecto de esto. Me preparé mucho, investigué, incluso me metí en sus cosas privadas. Sólo encontré la libreta de familia con nuestras inscripciones firmadas por el cónsul de Chile en Gran Bretaña. No cabía duda que éramos sus hijos, pero ¿hasta qué punto podía afirmar que sólo éramos hijos suyos? Todo aquello me parecía muy raro.

Me resultaba curioso, además, que mi abuelo siempre se jactaba de lo empeñoso que era su hijo. Contaba que desde pequeño para su hijo la vida había sido una batalla campal, donde el esfuerzo y el temple eran indispensables para triunfar. De hecho mi padre nunca fue una persona brillante, pero sus ganas de triunfar lo llevaron a obtener bienes materiales y un discreto prestigio social criollo que mi abuelo, un campesino de la zona central, ni siquiera soñó con alcanzar.

Mi madre era una mujer que adoraba a mi padre. Eran iguales en todo sentido. Me gustaba verlos cuando se miraban. Con los ojos se lo decían todo. Siempre andaban de la mano y nunca los vi enojados. Se querían mucho y además tenían las cosas muy claras: trepar, trepar, trepar. ¿Para qué? Creo que nunca lo tuvieron muy claro, pero el sólo hecho de correr, aunque fuera dando codazos, les hacía experimentar una sensación de equipo, de complicidad, que los mantenía muy conformes con sus vidas.

¿Acaso nosotros no éramos más que un engranaje fríamente calculado en esta forma de vivir? ¿Por qué éramos rubios, altos y extremadamente buenos alumnos? Donde íbamos mis padres nos presentaban como los mejores alumnos, los más destacados, los mejores deportistas. Cuando ingresé a la universidad con el mejor puntaje de Chile mi padre no cabía de alegría. Hizo una fiesta que duró hasta las tres de la mañana. Invitó a sus compañeros de curso de la universidad, con sus hijos e hijas. Se cuidaba mucho de mantenernos en contacto con, según él, “la mejor gente”. Éramos una especie de caballos de carrera jineteados por nuestro propio padre. Ya no le bastaba competir respecto de sus éxitos personales, ahora nos había lanzado a nosotros en esta vorágine de alabanzas hacia nosotros y de humillaciones hacia los demás.

Estas actitudes eran muy sutiles. A veces pensaba que era yo quien estaba siendo injusto con ellos. Que no eran más que mis propios fantasmas. Y que tal vez no se diferenciaban mucho de cualquier padre que quiere “lo mejor” para sus hijos. Pero, ¿qué es lo mejor? me preguntaba incesantemente.

El domingo siguiente después de la fiesta de mi cumpleaños número dieciocho

llegué al desayuno media hora antes. Sin rodeos, le dije a mi padre: quiero saber todo respecto de mi origen. Mi padre enmudeció. Mi mamá movió la cabeza sorprendida. Se pusieron nerviosos y se miraron, como diciendo ¿qué hacemos? ¿Qué le decimos? Viendo estas miradas les dije: quiero saber toda la verdad.

Me contaron que después de dos años de casados y de pasar de doctor en doctor les dijeron que no podían tener hijos. La única posibilidad era realizar una fecundación *in vitro* con los espermios de mi padre y los óvulos de mi madre. Consultaron a varias personas y les plantearon que estas técnicas implicaban fecundar más óvulos de los que se transferían al útero y de los que llegarían a prosperar. Esto significaba que los que no eran implantados en el útero, podían terminar en el tarro de la basura o, en el mejor de los casos, en el congelador a ciento ochenta grados bajo cero.

Dijeron que no, no les parecía justo arriesgar la vida de quienes pretendían fuesen sus hijos. Mejor dicho les parecía una aberración. Pensaron en adoptar un hijo y, mientras maduraban la idea, les avisaron que mi papá había ganado la beca para estudiar en el *London Business Academy* y optar al doctorado en economía. Ello los llevó a posponer la adopción hasta su regreso.

Sin embargo, estando en Londres, hubo gran cobertura en los medios de comunicación social respecto de dos mil embriones crioconservados que, de cumplirse el plazo de cinco años desde que fueron fecundados, debían, por ley, ser eliminados. Los hospitales comenzaron a ubicar a quienes habían solicitado estas técnicas de fecundación *in vitro* y muchos se negaron a que se les implantaran en el útero a quienes habían “encargado” un hijo. Las razones que daban eran múltiples. Algunos se habían divorciado, otros estaban en mala situación económica y otros sencillamente culpaban a los médicos de su incompetencia, que llevaba a que quedaran embriones en el congelador. La discusión fue tremenda. Algunos postulaban la necesidad de realizar un funeral masivo y que quedara en claro que la ciencia para buscar un hijo tenía que hacer un pacto con la muerte.

Al enterarse mis padres de todo esto y frente a la eminencia del plazo, preguntaron si podían ellos recibir a uno de esos embriones. Les respondieron que sí. Sentían que no eran responsables de que estuvieran allí, pero al menos podían aminorar el mal de que terminaran en el basurero a vista y paciencia de todos. Les mostraron un catálogo de las características de los embriones congelados. Los habían asiáticos, negros, latinos, eslavos, indios, británicos y mestizos. Les dieron a elegir. Pensaron que sería mejor que fuesen rubios, ya que así tendrían más posibilidades en la vida. Mi padre, con voz de cansancio, insistió que ser negro o moreno y bajo, en el mundo de los negocios es un problema.

Yo escuchaba todo esto atónito. Yo era un rescatado de los fríos congeladores donde se almacenaban los caprichos de algunos. Era un rescatado de la peor de las esclavitudes. Nos pusimos a llorar.

—¿No pensastes en mí, papá? ¿No ponderaste, más allá de fríos cálculos económicos o sociales, en lo que podía significar que yo fuese tan distinto a ustedes. ¿Por qué supones que las características físicas condicionan nuestra felicidad? ¿De

dónde sacaste que el éxito es hacer lo que tú hiciste? Me siento un producto sacado de un mostrador, me siento utilizado– grité.

–Sí, lo pensé. Asumo la responsabilidad –me contestó con los ojos vidriosos– Sabes que te quiero y que quiero lo mejor para ti. Si me equivoqué perdóname.

Llorando le dije que quería conocer a mis progenitores biológicos.

–¡Para qué! –exclamó mi mamá en un tono nervioso.

–Porque sí –le dije cortante– quiero saber quién soy, de dónde vengo, si tengo otros hermanos y qué pasó con ellos. Estoy en mi derecho.

Después de mucho dialogar y llorar, mi padre me dijo que se habían sometido a estos procedimientos en la *London Fertility Research* y que el médico que los había atendido era el Dr. Jones.

Sin perder tiempo, busqué la dirección y envié un *e-mail* al hospital explicando la razón de la carta. La petición de saber quiénes eran mis padres genéticos parecía de ciencia ficción. Cuál fue mi sorpresa cuando, a los dos días, me escribe el mismo Dr. Jones para decirme que se acordaba muy bien de la pareja de chilenos que estuvieron bajo su atención, pero que lamentaba mucho informarme que por ley no podía revelar la identidad de los “dueños” de los embriones ni de los donantes. No quedé conforme con la respuesta y logré, después de mucho insistir a mis padres, ir personalmente a Londres. –Si tú asumistes el riesgo de tener hijos por esta vía –le dije– yo tengo el derecho de asumir el riesgo de conocer a mis padres biológicos, aunque fracase.

El encuentro con el Dr. Jones fue tenso. Era un hombre amable y pacífico, pero se veía claramente incómodo con mi presencia. Me dijo que no era el primer niño que se le acercaba para pedirle lo mismo. Pero insistió en que la ley es la ley y que no podía revelar ningún secreto. Ello le significaría la cárcel. Me dijo, además, que estaba muy tranquilo porque todo lo había realizado según lo estipulado por la ley. Yo, visiblemente irritado, le dije que si lo había hecho conforme al bien de ese niño que iba a preguntarse porqué era tan distinto a sus padres.

–Ese no es mi problema. Yo trabajo en un laboratorio con células, no me cuestiono. Las reflexiones filosóficas a las que me quieres llevar no son de mi competencia. Más aún, las encuentro irrelevantes. Sólo me interesa cumplir con las metas que me dan. A mí me pagan para realizar este oficio y no me meto en las intenciones de las personas. No es mi trabajo.

–Se equivoca –le repliqué– usted tiene en sus manos un gran poder y, déjeme decirle que lo usa mal, porque hace daño, mucho daño.

Él se irritó mucho y me dijo –¿cómo lo sabes?

–¿Le gustaría estar congelado? –le respondí– ¿Le gustaría andar detrás de su progenitor? ¿Le gustaría siendo rubio, como usted lo es, tener un hijo moreno que además ni siquiera sabe cuántos hermanos tiene?

Me di cuenta que por la vía de la disuasión de lo razonable que resulta querer conocer a mi padre era poco lo que iba a obtener. Entonces opté por incursionar por la vía legal. Puse un aviso en el periódico solicitando ayuda. Recibí muchos *e-mails*. Muchos abogados claramente veían en este caso una buena oportunidad de fama.

Muchos de ellos se imaginaban en la primera plana de una revista como el abogado de los huérfanos biológicos. Me llamó la atención que ninguno cobraba, sólo pedían la exclusividad de la noticia de que el juicio había sido ganado. Además, este interés se veía potenciado por los miles de casos similares que ya empezaban a tener cierta relevancia pública, y que sin duda auguraban un buen negocio.

De las cerca de veinte respuestas que recibí me llamó la atención la de Warren Hoos. Me dijo que era abogado, que tenía veintitres años y que llevaba su propia causa para conocer a sus padres biológicos. –Tu causa es la mía– me decía. –Yo te ayudo. Me planteó que su gran dificultad para poder acceder a los archivos estaba en que era británico y que se regía por las leyes de su país. Sin embargo, el hecho de que yo fuese chileno podía ser un punto a favor para lograr acceder a la información que tanto quería. Era una obsesión.

–En qué mundo vivimos –le decía a Warren– tener que hacer tantas diligencias para conocer a tus propios padres. Incluso llevarlos a un juicio, sólo para preguntarles ¿por qué? ¿Con qué derecho?

Después de tres años de un arduo trabajo Warren me envió un *e-mail* y me informó que estaba a punto de salir una sentencia en la cual se le autorizaba al hospital a revelar el nombre de los mandantes de la fecundación *in vitro* que dio origen al embrión que fue transferido al útero de mi madre. No cabía de alegría por el triunfo jurídico y, al mismo tiempo, me vi invadido por una sensación de temor al tener que enfrentarlos. Por fin. Conocerlos, saber qué piensan y, además, conocer a mis hermanos, si los hubiese. Me dijo que tuviera paciencia. El hecho que tú no te riges por las leyes británicas y que fuiste inscrito en el registro consular al nacer fue el argumento más contundente para poder acceder a la información. En ninguna parte de la ley decía que el anonimato regía siempre y bajo todas las circunstancias.

A los cuatro meses de esa buena noticia me llegó un sobre certificado en el cual la Corte Suprema autorizaba al hospital a revelar el nombre de los donantes del proceso HJ456 a la persona de Jaime Astuca, nacido en dicho hospital y de nacionalidad chileno.

Partí a Londres, muy nervioso. No era una venganza, créanme. A mis padres los amaba entrañablemente. Además, con el tiempo fui madurando la idea de que ellos habían sido generosos, y que el jardín del vecino no tenía porqué ser más verde que el mío.

Después de varias gestiones logramos con el abogado, a quien conocí personalmente en este viaje, concertar una entrevista. Se iba a llevar a cabo en la sede de la Embajada de Chile ante el Reino Unido, ya que se había invocado la ley chilena. Debo reconocer que “mi padre biológico” fue generoso y valiente al enfrentar esta situación, que por cierto fácil no era.

El encuentro iba a realizarse a las 10:00 hrs. en punto del 25 de julio del 2002. Yo tenía veintiún años y una sensación indescriptible frente a la mera posibilidad de estar con quien era mi progenitor. Llegué anticipado, bien vestido, con mi abogado que me reveló que sentía envidia de este momento porque él jamás tendría dicha

oportunidad, a no ser que voluntariamente sus padres biológicos tomaran la decisión de conocer a este hijo dejado en las frías neveras del hospital.

Al poco rato llegó un hombre en silla de ruedas, de unos setenta y cinco años de edad. Perfectamente afeitado, con la nariz colorada e inflamada, supongo que por el alcohol. Lo llevaba una mujer mucho más joven que él que resultó ser su hija mayor, fruto de una relación que tuvo en su juventud.

Su nombre era John Hopps. Mecánico de profesión y tetrapléjico desde hacía veinticinco años. Sin duda que su vida había sido muy dura. Su mujer lo había abandonado luego de que, fruto de un accidente en motocicleta, quedara gravemente lesionado. Años más tarde terminó conviviendo con quien fuera su ama de llaves y ella le dijo que seguiría junto a él sólo si le daba un hijo, porque ya bordeaba los cuarenta años y pensaba que había llegado su momento para engendrar. Producto del accidente John no podía engendrar, y después de varios intentos fallidos de lograr la fecundación *in vitro* con sus propios gametos que le extraían a través de una punción testicular, decidieron solicitar espermios de terceros por catálogo.

Cuando escuché esta historia sentí que me desmayaba. No estaba frente a mi padre biológico. Pero él era el responsable de mi futuro, que habría sido, si no fuera por mis padres, el congelador o el basurero. Le pregunté si su señora era la donante de óvulos y me dijo que sí. Le pregunté que por qué no había venido. Me dijo que se habían divorciado y que esa era la razón por la que resultaba impensable acoger los embriones restantes de la fecundación que había dado origen a los tres hijos que tenían y que vivían con su ex señora.

–¿Querrá decir con mis hermanos genéticos? –le dije.

–Sí, así es. En todo caso –me dijo, con su cara de bonachón que me conmovió– nunca nos dijeron que teníamos embriones congelados. Nunca. De haberlo sabido lo habríamos reflexionado más. Nunca nos dijeron. Pero me alegro por ti. Fuiste afortunado.

Yo le repliqué –Imagínese mi vida: tengo hermanos que no conozco y otros que están repartidos por el mundo, y tantos otros que están a merced de lo que diga la ley y mientras tanto congelados y humillados. Ello me produce miedo, angustia y vergüenza de todos aquellos que se prestan para esto. Me siento una cosa.

Frente a estas acusaciones, que me salieron de lo más profundo de mi ser, John me miró a los ojos y me pidió perdón. Me enterneció su cara bondadosa, su vida en esa silla de ruedas y sobre todo su ignorancia.

Le pregunté si sabía cómo ubicar a mi madre biológica. Me dijo que intentaría, pero que conociendo a su ex mujer, lo más probable era que este asunto terminara en una demanda en contra de los médicos y el hospital por su inoperancia y por no haberle informado de la posibilidad de que quedaran embriones, es decir hijos suyos, en el congelador.

–Avíseme, la quiero conocer y quiero conocer además a mis hermanos. Por último, quiero saber quién fue el donante de espermios. Quiero saber quién es. Quiero

saber qué clase de hombre es capaz de donar semen y desinteresarse de las consecuencias. Quiero conocer a este mercader.

John me miró atónito y me informó que había llegado a un banco de espermios a través de internet. Después de ver y analizar muchos “modelos” que se exponían en los catálogos, habían decidido importar espermios de Noruega. Esta empresa reclutaba a los mejores alumnos de la *Norwen University* y les pagaba treinta dólares por cada masturbación y recolección del “material biológico”. Además, en aquel entonces, no había ninguna restricción para importar y el país garantizaba el anonimato de los donantes y una excelente calidad genética.

–Quiero que me dé toda la información porque lo quiero encontrar. Sólo verlo, con eso me basta– le dije.

John sólo se acordaba del nombre de la Empresa, *Best Gamets and Embyio, Inc.*

Accedí a ella por internet. Les envíe un e-mail contándoles del anhelo que tenía de conocer a quien donara hace veinticuatro años atrás gametos masculinos y exportara a Inglaterra por el *London Fertility Research* para la familia Hopps. Me informaron que estaban en un momento particularmente significativo en Noruega debido a que la Asociación de Hijos de Padres Desconocidos, más conocidos como “los huérfanos biológicos”, estaban realizando una serie de gestiones al más alto nivel para derogar el artículo de la Ley de Fecundación Artificial que planteaba que no se revelaría el nombre ni dato alguno del donante de gametos. La empresa de gametos me informó que, como ellos se regían por la ley, sólo podían revelar el nombre del donante si la ley lo autorizaba. Yo les contesté que una cosa es la ley y otra cosa es trabajar en un negocio tan inmoral y tan sucio, que más parece una fábrica de huérfanos biológicos que un lugar donde se practica la medicina y se hace ciencia a favor del bien de las personas. Además les dije que yo era chileno y que, por tanto, iba a averiguar si la ley también regía en mi caso.

Escribí una carta al Embajador de Chile en Noruega explicándole detalladamente mi situación y, al cabo de tres meses, recibí una misiva oficial en la que me solicitaban una copia de la libreta de familia debidamente visada por el Ministerio de Relaciones Exteriores, así como toda la documentación que tuviera respecto de lo realizado en Inglaterra y una carta jurada de John de que efectivamente solicitó espermios en Noruega. Para mí era evidente de que si me solicitaban todos estos documentos era porque había alguna posibilidad de hacer algo y alguna esperanza de éxito.

El Cónsul de Chile en Noruega, José Garibaldo, era un abogado de gran sensibilidad y asumió la causa como si fuera suya. Hablé por teléfono con él y me dio todo su apoyo. Me encontraba toda la razón. Me emocionó cómo firmaba sus misivas: tu cónsul y amigo.

En el intertanto mis padres, con discreción y respeto, me preguntaban cómo iban mis asuntos. En esos gestos de delicadeza comprendí cuanto los quería. Tenían miedo que mis otros hermanos comenzaran a cuestionarse también respecto de su procedencia, pero lo veían inevitable. Aunque honestamente, debo reconocer que el hecho de transparentar nuestra realidad nos hizo madurar a todos. Mis padres habían

sido generosos en acoger el llamado de hacerse cargo de estos seres humanos cuyas vidas peligraban.

José me escribió para comunicarme que el Estado de Chile se había hecho parte en el asunto y que no revelar la identidad del donante constituía un delito en el país, dado que por Constitución, todo chileno tenía derecho a conocer a su padre. Postulaba en su alegato que el Estado Noruego impedía que este ciudadano chileno tuviera acceso a este derecho: conocer a sus padres.

Después de cuatro años de arduas discusiones se despejó el tema, dado que la asociación de los huérfanos biológicos logró que se decretara una ley en la cual los hijos tienen derecho, si así lo desean, de conocer a sus padres biológicos al cumplir dieciocho años de edad. Esta ley, que no tenía efecto retroactivo, tuvo como efecto inmediato que no hubiesen más donantes. Felizmente se logró que se revelara el nombre del donante por ser un chileno quien lo solicitaba a condición de que cualquier encuentro con él se realizara fuera del territorio Noruego y bajo otra jurisdicción.

La sentencia fue acogida favorablemente y a los tres meses de esta buena noticia me llamaron del Ministerio de Relaciones Exteriores para informarme que, por valija diplomática, había un sobre para mí. Fui a buscarlo con mis padres. Ese día fuimos a almorzar juntos y, mientras pedíamos el almuerzo, abrimos el sobre del Consulado en cuyo interior se me informa que tengo una cita con el primer secretario de la Embajada de Noruega en Chile a las 15:00 hrs. del 3 de octubre.

Llegué a la cita y me encontré con un señor que me saludó amablemente y me hizo prometer que no haría gestión alguna para encontrarme con mi progenitor biológico en el territorio noruego. Me dijo que ello constituía una violación a las leyes que regían estas prácticas. Le dije que lo prometía.

Antes de entregarme el sobre me dijo que, en virtud de tener descendencia noruega, según la ley del Estado tenía derecho a la nacionalidad y que tenía seis meses para decidir. Le dije que era chileno, que me sentía chileno y que no quería tener la nacionalidad de quien me había causado tanto daño, cosa que a mis padres los llenó de alegría y de orgullo.

Sin mayores rodeos la carta, escrita en perfecto inglés, planteaba que conforme a la resolución del Ministerio de Justicia y habiendo escuchado las partes y la sentencia de la Corte Suprema, se autorizaba a la empresa *Best Gamets and Embryo, Inc.* a revelar el nombre del donante de espermios que fueron exportados a Inglaterra por el *London Fertility Researchy* para la familia Hopps. Afirmaba que este hecho no constituía delito alguno si esta información se hacía pública fuera del territorio noruego. Se trataba de Emanuel Bit, en aquel entonces estudiante de matemáticas puras de la Normen University. Ahora sólo había que ubicarlo y, sobre todo, sorprenderlo fuera del país.

Le dije a José que, con mucha discreción, averiguara quién era este hombre que calculábamos tendría entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. José buscó en la guía telefónica y aparecía una persona con su nombre. Fue personalmente a su casa y se quedó esperándolo hasta que vio entrar a un hombre de unos cincuenta y dos años de edad, canoso y elegantemente vestido. Al día siguiente lo siguió y lo vio entrar a la

Facultad de Ingeniería de dicha universidad. Dado que volvió a salir a las seis de la tarde, era bastante claro que allí trabajaba. Viendo la lista de profesores de dicha facultad aparecía con el cargo del Jefe del Departamento de Matemáticas Aplicadas de la facultad.

José además le tomó una fotografía que me hizo llegar por *e-mail*. Debo confesar que me impresionó lo parecidos que éramos físicamente. Además me informó que el Profesor Bit estaba invitado a dar una conferencia sobre la teoría del caos y las probabilidades de que un hecho fortuito acontezca dos veces bajo las mismas condiciones, en la Universidad de California, Estados Unidos. Informado de las fechas, partí a dicho congreso. Era la oportunidad de verlo y saber quién era este hombre que me había causado tantas dudas y que me había hecho cuestionarme acerca de mi existencia en el mundo.

Salí a la inauguración de congreso muy bien vestido. Quería decirle con esta actitud que, a pesar de que soy fruto de su intención de ganar algunos dólares donando semen, yo tenía mi dignidad que no me la iba a arrebatar ni su egoísmo ni su irresponsabilidad. Quería decirle tantas cosas que los pensamientos se me agolpaban en mi mente, me atormentaban. Conocerlo no era una venganza, sino sencillamente ejercer un derecho, el derecho de saber de dónde vengo. Aunque parecía extraño desde hacía muchos años estaba haciendo diligencias para conocer a mi padre biológico, al que llevaba la historia de mis genes, de mi genealogía. Mientras, me hallaba sumido en un sinnúmero de pensamientos que aceleraban mi corazón y me hacían transpirar. Llegué a la universidad. Pregunté dónde era la sede del congreso y, sin más, me encontré frente a un auditorio de treinta personas que conversaban mientras se daba inicio a la lección inaugural. Mi sorpresa fue grande cuando lo divisé. Estaba sentado en primera fila conversando animadamente con una mujer de unos cincuenta años. Me quería arrancar. Estaba tenso, nervioso, no sabía que hacer.

Durante la primera sesión del congreso elucubré miles de posibilidades. Una de ellas era tomar el micrófono e increparlo públicamente. Decir algo así como: “El respetado Profesor Bit tiene hijos esparcidos por todo el mundo. Estudió matemáticas gracias a sus masturbaciones y comió gracias a su semen”. Descarté la idea. Me parecía más bien un acto de terrorismo que el legítimo anhelo de conocer a este hombre, que por más que me pesase era mi padre.

Lo esperé a la salida del auditorio y lo enfrené: Profesor Bit usted es mi padre. Me miró extrañado, aunque confieso que su cara despertaba un sentimiento de pena. Ojos celestes caídos, una barba descuidada y un semblante de hombre escéptico frente a todo y a todos.

–¡Oh! Sabía que este día iba a llegar. Sí, efectivamente fui donante de semen.

–¿Quiere escuchar mi historia? –le repliqué, casi como pidiéndole disculpas.

–Bueno, aunque no sé en qué va a cambiar tu vida ni la mía –me contestó.

Yo, enervado, le dije –usted es mi padre, aunque le cueste aceptarlo. Y reniego de usted porque es un mercader.

Después de esta frase me fui y él me persiguió, me tomó del hombro y me dijo – Perdóname, perdóname.

Yo le agradecí. Qué más podía esperar sino que un perdón, que esperaba que lo hiciera extensivo a quien sabe cuántos hijos suyos y hermanos míos pululan por el mundo preguntándose quien es su padre y dónde están sus hermanos. Me miró con ternura, leía en su cara una expresión de encantamiento. Me preguntó si quería almorzar y acepté.

Me contó que su vida había sido un desastre, que se había casado y divorciado varias veces y que no tuvo hijos con ninguna de sus mujeres. La primera estaba preocupada de su carrera, la segunda era estéril y no quería ninguna técnica artificial y la tercera ya era mayor y no podía procrear.

–No me vas a creer –me dijo– Siempre tuve el secreto anhelo de conocer un hijo fruto de estas donaciones. Y has llegado tú.

Lo miré asombrado y fui incapaz de no conmoverme. Un hombre que en la universidad se sentía dueño del mundo, buen alumno, proveedor de semen en el exigente mercado de los gametos, resultaba ser un niño, un pobre hombre decepcionado de la vida y enclaustrado en sus matemáticas. Le di la mano, y me fui. No era capaz de tolerar un dolor tan grande, no quise verlo nunca más. Volví a Chile confundido pero aliviado. Confundido por el tipo de situaciones que se pueden dar cuando la ciencia se ensalza tanto que termina destruyendo vidas. Confundido por estar contento de vivir a pesar de todo y de darme cuenta que atribuir la vida a un mero acto biológico era impensable. Confundido por tantos que nunca verán la luz, o que yacen en las frías tambores de hielo.

A mi llegada me esperaba toda mi familia. Nos abrazamos y nos fuimos a comer a un restaurante. Quería mucho a mi familia, y se los hice saber. Les agradecí lo que habían hecho conmigo y renegué de estas técnicas que dan vida, pero junto a ella sufrimiento y muerte. Al domingo siguiente nos juntamos nuevamente a la hora del desayuno y mientras estábamos conversando sobre lo que había acontecido en la semana mi hermano menor, José Federico, le preguntó a mi papá –¿por qué siendo tú y la mamá tan morenos, yo soy rubio?

Mis padres mirándose sólo atinaron a decir: “Pregúntale a tu hermano mayor”.

Fernando Chomali G.